

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

EL MATERIALISMO HISTORICO Y LA ETNOGRAFIA MODERNA

EL ensayo que aquí presentamos no tiene por objeto dilucidar todos los problemas que se presentan para el estudio del Materialismo Histórico en sus relaciones con la Etnografía. Lo que intentamos es, más bien, tratar de aclarar algunos de los aspectos del encadenamiento entre el contenido íntimo y las manifestaciones externas esenciales de las principales formas económicas, por una parte, y las enseñanzas modernas de la etnografía, por la otra, teniendo en cuenta, en ambos casos, las influencias espirituales y dotes intrínsecos de los diversos pueblos, en especial los más primitivos.

El *materialismo histórico*, en su forma moderna, debe su interpretación a Karl Marx.

Si consideramos el concepto marxista, comprendemos inmediatamente que responde en primer lugar a la idea del nexo íntimo entre las relaciones sociales de los hombres y las fuerzas productivas. La base real de toda sociedad, cualquiera que sea la época, debe buscarse en la economía, la que determina, en *último término* su estructura social.

Marx se expresa así: «En la producción social de sus medios de existencia, los hombres mantienen relaciones determinadas, necesarias, independientes de la voluntad; relaciones de producción, que corresponden a cierto grado de desenvolvimiento de las potencias materiales de la producción. El conjunto de estas relaciones forma la estructura económica de la sociedad, la base real, sobre la cual se eleva la superestructura y jurídica política, y a la cual corresponden ciertos modos de pensar sociales. El modo de producción de la vida material determina el modo de actividad social, política e intelectual. Por tanto, pues, no es la consciencia del hombre la que explica su manera de vivir, sino

por el contrario, su existencia social es la que explica su conciencia».

Entiende principalmente por las *fuerzas productivas* que dominan toda vida material e intelectual, la forma técnica que en cada época toma la vida económica.

Adolfo Posada, comentando estas teorías en el prólogo de la traducción española de Seligman (1), escribe: «Considerada la concepción de Marx, se advierte, desde luego, que responde fundamentalmente a dos ideas generales muy importantes: la de que existe entre los fenómenos sociales un encadenamiento causal, y la de que en la realidad histórica se manifiesta el influjo de los factores exteriores, los cuales explican, en cierta medida, la marcha y dirección de aquel encadenamiento causal o *proceso*.

«Al adquirir nuevas fuerzas productivas, los hombres cambian su modo de producción, y al cambiar esto, cambian la manera de ganar la vida, con lo cual modifican todas sus relaciones sociales. Hay un movimiento continuo de aumento de las fuerzas sociales, de formación en las ideas; sólo hay de inmutable la abstracción del movimiento. Para Marx, las fuerzas productivas son la base fundamental del proceso de la vida humana.»

Marx fué uno de los primeros en reconocer, o a lo menos, en establecer que las relaciones en que las fuerzas productivas se hacen manifiestas, no son leyes fijas, sino que obedecen más bien a cambios determinados en el hombre y en sus fuerzas de producción. Por eso, rechazó la idea existente en aquel entonces, de que el hombre era simplemente el resultado de su medio, porque reconoció que con frecuencia el medio físico podría ser modificado por el hombre, lo que llevaba consigo el correspondiente cambio en sus condiciones intelectuales. Casos típicos de esto los podremos observar en muchas partes del mundo. El riego convierte el desierto en vergel, la deforestación, no solamente cambia el aspecto y la productividad de una zona, sino que influye de una manera importante sobre las condiciones meteorológicas y climatéricas. Aun las condiciones geográficas, que se estimaba formaban los límites, dentro de los cuales podrían actuar los métodos de producción, han sido modificadas por el ingenio humano, con la abertura de canales de navegación, ferrocarriles y otros medios de comunicación, la aclimatación de plantas y animales en regiones donde eran extraños, nuevos sistemas de cultivo e industriales, etc.

Dice Posada, comentando a Marx: «No es la misma fertilidad

(1) Edwin R. A. Seligman. Interpretación económica de la Historia.

del suelo, sino los cambios efectuados en el mismo, la variedad de sus productos naturales, los cambios de las estaciones, los que forman las bases físicas de la división social del trabajo, y los que, por los cambios del medio natural, estimulan al hombre la multiplicación de sus necesidades, de sus facultades, de sus medios, y de sus medios de trabajar. La necesidad de poner la fuerza natural bajo la dirección de la sociedad, de economizarla, de apropiársela o de sustituir con ella en gran escala el trabajo manual del hombre, es la que desde luego desempeña tan gran papel en la *Historia de la Industria*» (1).

Tiene toda la razón Posada. En los comienzos de la sociedad humana, es evidente que el medio natural es el único que puede influir en las condiciones económicas de esa misma sociedad, y el proceso económico en esa fase social es necesariamente, sino exclusivamente material.

Engels, hablando del materialismo dialéctico, hace recalcar este hecho. Dice: «Debemos comenzar por reconocer que la condición fundamental de toda existencia humana y por consiguiente de la historia, es el hecho de que los hombres puedan vivir para que puedan hacer la historia. Pero para vivir, se necesitan, ante todo, alimentación, casa, vestidos, y algunas otras cosas más. El primer acto histórico, es, por consiguiente, la producción de los medios para satisfacer estas necesidades, la producción de la vida material misma, y esto es un acto histórico, una condición fundamental de toda historia que, todavía hoy, como hace varios milenios, hay que satisfacer cotidianamente y a todas horas, sólo para mantener vivos a los hombres» (2).

Todo esto es verdad, pero constituye una sola fase de la evolución social; una de las más importantes, sin duda, aunque no la única, como veremos más adelante.

La filosofía materialista, de donde se deriva el materialismo histórico, se ha estudiado en muchos aspectos y durante los últimos decenios se ha dado una importancia capital a sus relaciones con los postulados de las ciencias naturales. Así es que dicha filosofía, en su forma actual, difiere esencialmente del materialismo de los filósofos griegos y aun más de aquel sustentado por los enciclopedistas del siglo XVIII.

Refiriéndonos nuevamente a lo que dice Engels en este respecto citaremos algunos párrafos de su tesis sobre Feuerbach, que son los siguientes: «Para el materialismo dialéctico, el universo entero no es más que la materia en movimiento y el espí-

(1) Adolfo Posada. Loc. cit.

(2) Federico Engels. Ludwig Feuerbach y el fin de la Filosofía Clásica Alemana.

ritu y el mundo de las ideas, en general, no son más que el reflejo del movimiento de la materia. Esta filosofía no hay que confundirla con el «materialismo histórico», el cual no tiene aplicación, sino en el dominio de la historia, ni con el determinismo histórico, según el cual, los procesos históricos se rigen por leyes análogas a las leyes de la naturaleza; ni con el determinismo económico, que se contenta con afirmar que todos los acontecimientos de la historia obedecen a causas económicas.»

«El materialismo histórico considera el mundo en cuanto proceso, en cuanta materia, sujeto a un desarrollo histórico.»

«Consideramos las ideas de nuestro cerebro, desde el punto de vista materialista, como los reflejos de las cosas que existen realmente, en lugar de considerar las cosas que existen como reflejos de tal o cual grado de desarrollo de la idea absoluta. Así, la dialéctica fué reducida a la ciencia de las leyes generales del movimiento, tanto del mundo exterior como del pensamiento humano, dos series de leyes, idénticas en su fondo, pero diferentes en su forma, en la medida en que el cerebro humano puede aplicarlas conscientemente, en tanto que, en la naturaleza y hasta el presente, en la mayor parte igualmente en la historia humana, no se realizan, sino a través de una serie infinita de casualidades aparentes. Pero, por esto, la dialéctica de la idea no se convierte más que en el reflejo consciente del movimiento dialéctico del mundo real.»

«La antigua metafísica que consideraba a las cosas como concretas, correspondía a una ciencia de la naturaleza que estudiaba las cosas vivas y muertas como cosas concretas. Pero cuando este estudio adelantó hasta el punto en que el progreso decisivo fué posible, a saber, el paso al estudio sistemático de las modificaciones sufridas por estas cosas en la naturaleza misma, en aquel momento sonó en el dominio filosófico, el toque de agonía de la vieja metafísica. Y, en efecto, si hasta fines del siglo último, la ciencia de acumulación, una ciencia de las cosas fijas se ha convertido, en el trascurso de este siglo (XIX), en una ciencia de los fenómenos, en una ciencia de los orígenes y el desarrollo de las cosas y de las relaciones que reúnen estos fenómenos de la naturaleza en un gran todo. La fisiología, que estudia los fenómenos del organismo vegetal y animal; la embriología, que estudia el desarrollo del organismo, desde el embrión hasta la plena madurez; la geología, que estudia la formación progresiva de la superficie terrestre, son todos hijos de nuestro siglo.»

«Lo que es verdad de la naturaleza, así considerada, igualmente como un proceso de desarrollo histórico, lo es también de

la historia de la sociedad en todas sus ramas y en el conjunto de las ciencias que tratan de las cosas humanas.»

Fundamentalmente estas ideas son más o menos exactas, pero las conclusiones que resultan de su aplicación, varían de tiempo en tiempo, con la evolución de nuestros conocimientos y la modificación de los métodos empleados para las nuevas investigaciones.

Y esto pasa igualmente con las deducciones sacadas del materialismo histórico. Nuestros conocimientos actuales nos permiten enfocar los fenómenos y sus procesos desde otro ángulo. Para llegar a resultados, a veces, bien diferentes de los que creían poder deducir los fundadores del materialismo histórico.

El gran impulso dado a las ciencias naturales en los años que van corridos de este siglo, y el desarrollo de nuevos métodos de investigación, especialmente en los ramos de geología, zoología comparada, biología, embriología y antropología, han modificado de tal manera nuestros conceptos sobre algunos puntos considerados como fundamentales que hoy, casi se puede decir, se han establecido nuevas bases para todo el estudio.

Y si esto es verdad en cuanto a la filosofía materialista en general, es igualmente cierto respecto al materialismo histórico en lo que se refiere a su aplicación a los fenómenos sociales de la humanidad.

Marx y después Engels comenzaron a formular sus teorías respecto del materialismo histórico dialéctico, los postulados de las ciencias naturales modernas, apenas se vislumbraban y fué imposible darlas al nexo que hoy tienen en la interpretación científica de los fenómenos sociales.

Por consiguiente, varias de las conclusiones elaboradas por los fundadores del marxismo y sostenidas con tanto calor después por sus discípulos y defensores, deben someterse a una severa revisión para ponerlas en línea con los conocimientos actuales. La juventud marxista se ha empeñado más en aplicar al socialismo, en sus diversas formas, la doctrina de sus maestros que en examinar las premisas fundamentales o modificar sus interpretaciones en conformidad con los nuevos conocimientos científicos-filosóficos.

Se puede admitir la fórmula de Marx, cuando pretende interpretar la Historia objetivamente según el encadenamiento causal de los sucesos, o sea por un proceso en que figura la concurrencia simultánea de causas producidas en el espacio y determinados en el tiempo, rechazando la antigua doctrina de materialismo mecánico que considera a los hombres como simples resultados de su medio. Sin embargo, la ciega aplicación de algu-

nas de estas causales y la indebida desestimación de otros y especialmente la preponderancia o casi se puede decir la exclusividad dada al factor económico. El celo en este sentido de algunos de estos jóvenes en su afán de propagar y afianzar el socialismo revolucionario, produjo, como tenía que producir, cierta resistencia y aun reacción entre los pensadores más serios y más reflexivos.

Engels reconoció este hecho y en 1890 escribió lo siguiente: «Somos en parte (Marx y yo) responsables de que algunos jóvenes hayan atribuído, a veces, al lado económico, más importancia del que se merece. La condición económica es la base; pero los varios elementos de la superestructura, todos ejercen una influencia sobre el desarrollo de las luchas históricas y en muchos casos determinan su forma».

Explica que este prejuicio se debe, en gran parte, al ardor provocado por las exigencias políticas de la campaña en pro del comunismo y en especial a la necesidad de exagerar por motivos de propaganda, la teoría de la lucha de clases. El siguiente párrafo, tomado de su libro «Anti-Duhring», es un ejemplo de dicha propaganda: «Los nuevos hechos nos han obligado a someter la historia entera a un nuevo análisis y entonces se ha podido ver que la «historia entera» no es sino *la historia de la lucha de clases, y que esas clases que combaten entre sí, no son, sino el producto de las condiciones de la producción y del cambio; en una palabra, de las condiciones económicas de la época, y que cada vez la estructura económica de la sociedad constituye la base real, que permite, en último análisis, explicar toda la superestructura de instituciones políticas y jurídicas, así como la ideología religiosa y filosófica de cada período histórico*».

La lucha de clases, tal como se entiende en la historia, no tuvo su origen, sino con la adopción extensiva de la agricultura y de la vida sedentaria, y por una parte, y con el desarrollo de la ganadería superior, por la otra. Con el desenvolvimiento de estos dos sistemas económicos y las constantes guerras que provocaron, nació la costumbre de hacer trabajar a los prisioneros, en beneficio de los conquistadores, en otras palabras, la esclavitud. En estados sociales anteriores—recolectores, cazadores o pescadores—en que las pobladas eran pequeñas y nómadas, no encontramos la lucha de clases, por no existir éstas en una forma antagónica. Por tanto, vemos que semejante lucha no es fundamental o inherente en la sociedad, como muchos la suponen, sino que es incidental y derivada de condiciones evolutivas, aunque debe admitirse que tuvo su origen en causas de orden económico.

Estos hechos los reconocían Marx y Engels y en varias partes

de sus obras, llaman la atención hacia el punto y señalan que, durante las fases primitivas de la sociedad, no existían semejantes luchas.

Pero en todo esto hay mucho de exageración, aun cuando las observaciones sean fundamentalmente indiscutibles. En primer lugar se exagera el papel preponderante que desempeña en la historia, la lucha de clases, y es porque la propaganda socialista así lo requiere. Luego se exagera también el predominio casi exclusivo que se atribuye al factor económico como la base real de la sociedad, a través de la historia, a expensas de los factores espirituales o psíquicos, los cuales quedan relegados a una manifestación secundaria en la superestructura social.

Para evitar malentendidos, citaremos a continuación, otro párrafo del libro «Anti-Duhring», de Engels: «Según este concepto, todos los actos de la vida humana dependen de los fundamentos económicos y de la organización de las condiciones económicas en la realidad, de suerte que el modo productivo de la vida material determina, desde luego, todo el proceso social, político e intelectual de la vida y la estructura económica de la sociedad constituye en cada instante el fundamento real por el que han de explicarse, en último término, las demás instituciones políticas y de derecho, a la par que el modo como se presentan la religión, la filosofía y todo cuanto viene comprendido en un período de tiempo. El fundamento económico, sin embargo, está sujeto a una constante transformación, la cual no puede conducirse a voluntad, pues llega a efectuarse por una fuerza suprema—y por cierto después de haber pasado la primera fase del desarrollo—originada en la oposición entre las clases dominantes y las dominadas, que conduce a la cruenta lucha de clases como base de un paulatino desarrollo cada vez más elevado».

Indudablemente que, a partir de varios milenios, la lucha de clases existe y dado el desenvolvimiento de la civilización, existirá siempre, aun bajo el régimen más avanzado de socialismo, y, en diferentes épocas de la historia del mundo, ha hecho crisis provocando un reajuste parcial y temporal de la sociedad, frecuentemente por medios violentos, revolucionarios y sangrientos. Pero, a pesar de estos estallidos periódicos, la lucha de clases no se ha presentado en la historia como factor de tanta preponderancia en la evolución social, como la han querido atribuir, por razones políticas, los marxistas. Aun cuando los estallidos han tenido una faz revolucionaria, como ha sucedido muchas veces se ha presentado en la historia, más bien como un recurso evolutivo en el desenvolvimiento social de las diversas colectividades a través del tiempo, cuando se ha sentido la imperiosa

necesidad de un cambio de sistema o de régimen. La decadencia de cualquier sistema político-social es acelerada por una serie de crisis económicas, cada vez más agudas, hasta provocar su completo derrumbamiento, o una serie de modificaciones profundas que lo transforman en un régimen más en conformidad con las nuevas condiciones.

Evidentemente, es, durante estos períodos de transición, con la repetición constante de situaciones críticas, cuando las masas más sufren, y cuando se pone más en evidencia la lucha de clases. Es entonces también cuando los ideólogos, los agitadores y los propagandistas revolucionarios hallan condiciones más propicias para exaltar a las masas y a menudo logran sus propósitos. Reformadores los hay en todas las épocas y los habrá siempre. Sin ellos sería mucho más lenta la evolución social.

En la época actual se ha sentido con más agudeza la lucha, debido a que los acontecimientos han sucedido con tanta rapidez que ha faltado tiempo para que los reajustes se hiciesen a la par con ellos y debido también al sesgo especial que ha tomado toda la cuestión, con la capitalización y la racionalización de las industrias, y su conversión, cada día más, en grandes monopolios. Otro factor que ha hecho más crítico este período de transición, que cualquier otro anterior, es el enorme aumento de la masa proletaria a expensas de la población campesina. Indudablemente las causas directas de este aumento han sido económicas. Durante los períodos de auge en las industrias, afluye a los grandes centros industriales atraídos por los más altos jornales, numerosísimos campesinos. A veces, esta afluencia llega a producir una escasez de brazos en los campos y la consiguiente disminución en la producción agraria. Repercute igualmente en las ciudades, porque, durante las fluctuaciones de la producción capitalista, intensifica la desocupación y modifica más aun las condiciones de la oferta y la demanda, pues dejan de ser consumidores. En los últimos años la afluencia a las ciudades se ha producido en tales números que, en la mayoría de los países, especialmente, los más industriales, ha provocado un verdadero desbarajuste de las condiciones demográficas, engendrando la maquinización de los trabajos en los campos para reemplazar la obra de mano anterior. El mismo sistema aplicado a las industrias provocó en un principio la sobreproducción que luego había de trocarse en la paralización, parcial, o entera de las fábricas, lo que llevó consigo la desocupación, el hambre y un malestar universal que no tiene visos de solucionarse con facilidad. Los resultados de este proceso han engendrado la imperiosa necesidad de cambiar el régimen actual por otro más en confor-

midad con las exigencias de la vida, moderna, pero la forma inmediata que tomará éste no se distingue claramente.

Pero, para volver a nuestro tema; producido el cambio, sobreviene un período, más o menos largo, de reajuste, en que la lucha no se hace aparente con tanta fuerza, aun cuando existen las mismas clases u otras que las reemplazan. Habiéndose ajustado las necesidades del momento a las condiciones imperantes, sigue una época de relativa tranquilidad, en la cual, sin embargo, no deja de haber agitación y propaganda, hasta que aquellas, a su turno, caducan y recrudece la lucha.

El verdadero origen de la formación de las clases, como igualmente el de sus constantes motivos de lucha, se halla en el individualismo, o en otras palabras, en el egoísmo. Ninguna ideología, ninguna religión, ningún sistema político puede destruir el egoísmo, por cuanto es un instinto implantado por la naturaleza en todo ser viviente, para su propia conservación y la de la especie. Los instintos pueden modificarse durante la vida del individuo, según el ambiente que le rodea y las enseñanzas que recibe, pero no se destruyen y vuelven a aparecer en cada nuevo ser que nace, con toda su fuerza primitiva. Muchos idealistas y aun muchos de los que se tildan de ser materialistas, imaginan que el efecto prolongado de las enseñanzas puede llegar a ser acumulativo y aun hereditario y a la larga llegar a modificar los instintos, pero esto es un profundo error. La enseñanza no ejerce ningún efecto sobre las leyes de la herencia y la acumulación de conocimientos y de experiencias no se transmiten a los seres por nacer. Puede ser que el ambiente en que aparece la nueva vida no sea propicio para el libre juego de uno u otro instinto, el que permanece latente, pero vuelve a aparecer con cada nueva generación. Y quizá, el más permanente y constante de los instintos, sea el egoísmo, el cual, a pesar del ambiente y las enseñanzas, persiste con mayor o menor fuerza en cada individuo y jamás se extirpa.

Las diferentes ideologías socialistas creen poder eliminar o a lo menos modificar fundamentalmente el egoísmo y suprimir el individualismo, pero semejante idea no es más que un concepto utópico que no tiene ninguna base en la realidad. Y los más fanáticos de tales ideologías son los que ofrecen la mejor prueba de nuestro aserto, ya que el fanatismo no es otra cosa que una forma aguda del egoísmo, que quiere obligar a todo costo que los demás acepten sus propias ideas y se impacientan o se enfurecen con los que no comulgan con ellos. Y claro es que todo fanático cree tener la única y perfecta razón.

Otro tanto sucede con los demás instintos. Pueden, debido a

una serie de circunstancias favorables, permanecer dormidos u ocultos durante un período más o menos largo, pero siempre existen latentes, listos para despertar al momento en que las condiciones impuestas artificialmente se declaran en contra de las leyes impuestas por la naturaleza para la conservación de la especie, aun después de varias generaciones. El olvido de este factor, o la presunción de que puede ser modificado intrínsecamente, hace que todas las ideologías sociales, políticas, religiosas o económicas, lleven en sí los elementos de su propio fracaso o las convierten en otra cosa muy distinta a la que se concibió, por justificadas y lógicas que parezcan. Engels tácitamente reconoce este hecho en principio, cuando escribe sobre las finalidades y las fuerzas motrices, aun cuando no le convino darle esta misma interpretación.

Reproducimos *in extenso* esta cita, por encontrar en ella puntos de sumo interés para la comprensión del individualismo moderno, derivado del egoísmo inherente en todo ser viviente y más desarrollado, si se quiere en los hombres.

«La historia del desarrollo de la sociedad se revela en un punto esencialmente de la naturaleza. En la naturaleza son simples factores inconscientes y ciegos los que obran los unos sobre los otros y a través de cuyo juego se realiza la ley general. De todo lo que se produce—innumerables casualidades aparentes, visibles en la superficie, como resultados finales que mantienen el orden a través de todas esas casualidades—nada se produce como finalidad consciente, volicionada. Por el contrario, en la historia de la sociedad, los factores agentes, son exclusivamente los hombres dotados de consciencia los que obran con reflexión o con pasión y persiguiendo finalidades bien determinadas.

«Nada se produce sin una finalidad consciente, volicionada. Pero esta diferencia, cualquiera que sea su importancia para el estudio histórico, principalmente de épocas y de acontecimientos determinados, no puede cambiar en nada el hecho de que el trascurso de la historia esté dominado por leyes generales internas. Es la casualidad la que, de una manera general, reina en la superficie. Sólo muy rara vez se realiza una finalidad volicionada de antemano.

«En la mayoría de los casos, las numerosas finalidades perseguidas se entrecruzan o se contradicen, o bien son imposibles de realizar, o bien faltan los medios para realizarlas. Así es que los conflictos de las innumerables voluntades y acción individuales crean en el dominio histórico una situación completamente análoga a la que existe en la naturaleza inconsciente. Las finalidades de las acciones son volicionadas, pero los resultados que si-

guen realmente a estas acciones no lo son, o, si parecen en un principio, corresponder, no obstante a la finalidad perseguida, finalmente tienen otras consecuencias diferentes a las que fueron volicionadas. Los acontecimientos históricos parecen así, de una manera general, igualmente dominados por la casualidad. Pero en todo lo que la casualidad parezca dominar en la superficie, siempre está dominada ella misma por leyes internas ocultas, y sólo se trata de descubrirlas.

«Los hombres hacen su historia, cualquiera que sea, al perseguir cada uno sus finalidades propias, conscientemente volicionadas, y la resultante de estas numerosas voluntades que obran en sentidos diferentes y sus repercusiones variadas sobre el mundo exterior, constituyen precisamente la historia. Se trata, por consiguiente, de saber lo que quieren los diferentes individuos. La voluntad está determinada por la pasión o por la reflexión. Pero las causas que determinan a su vez la pasión o la reflexión son de diferentes especies. Pueden ser, bien objetos externos, bien motivos de orden ideal, o toda clase de caprichos personales. Pero las numerosas voluntades individuales que obran en la historia producen en su mayor parte, resultados completamente diferentes y aun, con frecuencia, opuestos a aquellos que se proponían. Sus motivos no tienen, por consiguiente, más que una importancia secundaria para el resultado final. Por otra parte, se puede preguntar aún, cuáles son las causas históricas que se transforman en tales motivos en el cerebro de los hombres que obran.

«Se trata, por consiguiente, de buscar las fuerzas motrices que, consciente o inconscientemente, y, por cierto, con mucha frecuencia inconscientemente, obran tras los motivos que determinan, en apariencia, la acción de los hombres en la historia y que constituyen de hecho las verdaderas fuerzas motrices de la historia, no puede tratarse tanto de motivo de los individuos, por notables que sean, como de aquellos que ponen en movimiento las grandes masas, los pueblos enteros, y en cada pueblo, clases enteras de la población, que los impulsan.

«Buscar las fuerzas motrices que se reflejan en el espíritu de las masas y de sus jefes— de aquellos que de ordinario se llaman grandes hombres—en cuanto motivos conscientes, clara o confusamente, directa o indirectamente, constituye el único camino que puede conducirnos sobre las huellas de las leyes que dominan a la historia universal y a la historia de las diferentes épocas y de los diferentes países. Todo lo que pone a los hombres en movimiento debe pasar por su cerebro; pero la forma que tome en el cerebro depende mucho de las circunstancias.

En la historia moderna, todas las luchas políticas son luchas de clases y que, a pesar de su forma necesariamente política—porque toda lucha de clases es una lucha política—tienen por objeto, en último análisis, la emancipación económica. Por consiguiente, el Estado, el régimen político, constituye el elemento secundario, y la sociedad civil, el dominio de las relaciones económicas, el elemento principal.

«Pero, si ya en nuestra época moderna, con sus formidables medios de producción y de cambio, el Estado no constituye un dominio independiente, con un desarrollo independiente; y si su existencia, como su desarrollo, se explica, en último término, por las condiciones de existencia económica de la sociedad, ello debe ser aún más verdadero en todas las épocas precedentes en que la producción de la vida material de los hombres no disponía aún de estos medios formidables, y en que, por consiguiente, la necesidad de esta producción debía ejercer un dominio mucho mayor aun sobre los hombres. Si el Estado no es, actualmente, en la época de la gran industria y de los ferrocarriles, sino el reflejo, bajo una forma condensada, de las necesidades económicas de la clase en el poder, con mayor razón lo era en la época en que los hombres debían consagrar una parte mucho mayor de su tiempo a la satisfacción de sus necesidades materiales, y en que, por consiguiente, dependían de ellas más que actualmente.»

En esta exposición de Engels aparecen algunas apreciaciones erradas y, al parecer, algunas contradicciones. Al comienzo de la cita dice que «nada se produce *como* finalidad consciente volicionada». Un poco más allá declara que «nada se produce *sin* una finalidad consciente volicionada». Pero, esta aparente paradoja se explica fácilmente por el hecho de que las leyes internas obran sobre los resultados de tal manera que las finalidades propuestas, es decir, las fuerzas motrices, casi nunca resultan en la forma en que fueron volicionadas, sino en otra muy diversa, debido a su choque con otras finalidades volicionadas opuestas a ellas. De esta manera los acontecimientos históricos son dominados por la casualidad, la cual, a su vez, se encuentra dominada por leyes internas que aun no se conocen. Como en la historia encontramos en lucha un sinnúmero de finalidades distintas que obran en sentidos diferentes, es obvio que todas ellas no pueden realizarse y los resultados de esta oposición de voluntades son frecuentemente algo muy diverso de lo que se ha propuesto.

Es preciso tomar muy en cuenta esta hipótesis, al considerar el papel preponderante, por no decir exclusivo del factor económico en la constitución de los pueblos, lo que es uno de los funda-

mentos del marxismo, en cuanto se relaciona con la formación y desarrollo de la sociedad.

A buscar las fuerzas motrices que ponen en acción a las grandes masas de hombres, vemos desde luego que éstas son de dos categorías: la primera derivada de las condiciones materiales o económicas que llegan a constituir en sí otras fuerzas motrices, fundamentalmente instintivas, y las segundas de orden psicológico que podemos llamar directrices. Estas últimas forman las finalidades volicionadas y determinadas de ciertos individuos—los grandes hombres—que logran imponer su voluntad o su ideología a las masas, las que son, por la mayor parte, inconscientes, hasta cierto punto y con frecuencia inertes. Estas se dejan arrastrar con facilidad, cuando se captan sus simpatías o entusiasmos, o cuando se las presentan teorías plausibles que parecen consultar sus necesidades inmediatas. Generalmente aceptan dichas teorías «a fardo cerrado», sin someterlas anteriormente a una crítica analítica, la que muchas veces son incapaces de efectuar. A veces, también, sucede que las voluntades se imponen por la fuerza, cuando la personalidad del individuo es suficientemente capacitada para poderlo lograr.

Pero, desde el momento en que se trata de encauzar tales finalidades, comienza la lucha con otras numerosas voluntades que se dirigen en sentido diverso y entran a obrar toda una serie de factores casuales que producen resultados inesperados y que, a menudo, hacen fracasar proyectos ideológicos por bien conceptuados que parezcan.

Vemos entonces que aun cuando las fuerzas motrices económicas sean de gran importancia, no pueden obrar sin la concomitancia de las fuerzas psicológicas que las dan forma y la posibilidad de desenvolverse. Las leyes económicas, en cuanto se refiere a la sociedad humana, no actúan sino cuando concurren directamente con la percepción y voluntad de los individuos o de la colectividad, es decir, que en la historia de la sociedad obran conjuntamente los factores materiales y psicológicos, sin que sea del caso determinar, en último término, cual de estos factores antecede al otro. El cerebro, como objeto material puede existir antes del pensamiento, pero queda como no—existente para el individuo, en cuanto no aparezca las percepciones y la capacidad de pensar.

El hambre como primer causal en la cadena económica, es una percepción, un sentimiento, común a todos los seres vivos que proceden instintivamente a satisfacerlo por los medios que cada uno tiene a su alcance. El hombre, desde el estado más primitivo en que le encontramos, hace uso de su facultad de pensar,

aun en la búsqueda de sus alimentos, y esta facultad por muy embrionaria que sea, acondiciona los métodos que emplea y en esto se diferencia de los demás seres. Por consiguiente, el decir que toda la vida social humana se basa en los factores económicos, es verdad sólo hasta cierto punto, puesto que dichos factores son modificados por otros que son esencialmente psíquicos, los que obran anterior o conjuntamente con los materiales.

Y al estudiar las costumbres económicas de los pueblos más primitivos que se conocen, encontramos que ellas son modificadas también por una serie de supersticiones, temores, prohibiciones, etc., que nada tienen que ver con su aspecto material; sino que, a veces, ponen trabas y dificultades a la satisfacción de esa misma hambre, considerada como el primer causal de todo el encadenamiento económico. Cualquiera monografía sobre la vida psíquica de los pueblos primitivos se halla llena de semejantes prácticas, lo que nos evita entrar en detalles aquí.

Hace cincuenta años, estos hechos eran imperfectamente conocidos o mal interpretados. Con las investigaciones científicas y comparativas de las últimas décadas, tenemos hoy conocimientos más exactos respecto de la mentalidad y la manera de obrar de la mayor parte de los pueblos no civilizados, incluso los que se consideran como más cercanos a la humanidad primitiva. Marx, Engels y otros que siguieron la escuela de Bachofen y Morgan (1), no pudieron saber estas cosas y no es de extrañarse que cayeran en los errores de su día, en cuanto se aplica la etnografía al materialismo histórico. Aun Plejanof, quien escribió en 1908 no se libró de esta tendencia y en muchos de sus argumentos hace uso de citas y opiniones ya caducas.

Con los trabajos modernos de Foy, Ankerman, Graebner, W. Schmidt, Koppers, Strehlow, Lehmann, Frobenius, Junod. Bros, Le Roy, Wissler, Lowie, Roth, Rhurnwald, Seligmann, Krame, Haddon, Boas, Pitts-Rivers, J. de Morgan, Pittard, Moret, Berr, Hahn, y las labores de las sociedades de antropología y etnología establecidas en casi todos los países civilizados, tenemos ahora un acopio de conocimientos etnográficos que nos abre nuevos horizontes para la comprensión de la vida de las gentes más primitivas del mundo.

Muchos de los fenómenos sociales, desconocidos o mal interpretados por la escuela evolucionista en tiempo de Marx, Bebel y Engels; como el totemismo, la exogamia, el matriarcado, el mana, la magia, el animismo, las ideas del cosmos, el origen de

(1). Bachofen J. J. *Das Mutterrecht* (El derecho materno) 1861. Morgan, Lewis H. *Ancient Society*, 1877.

la familia, la manera de constituir la propiedad, etc., han sido estudiados en sus diversas fases, en diferentes partes del mundo y, como era natural, han venido a difundir una nueva luz sobre estos problemas, modificando grandemente las hipótesis corrientes hasta hace poco. Igual cosa se ha hecho en cuanto a la vida material de estos mismos pueblos y el desarrollo de sus condiciones económicas, con resultados del todo semejantes.

Sin embargo, todos estos nuevos estudios no han logrado derribar los postulados fundamentales del marxismo, aunque muchos de ellos fueron iniciados con ese fin. Cuando mucho, han podido precisar mejor las energías impulsivas y estructurales y las relaciones materiales y espirituales de los pueblos en el desarrollo de su cultura integral. Algunos factores, antes considerados secundarios han asumido más importancia a expensas de otros estimados como exclusivos o preponderantes, pero, en general, la estructuración señalada por Marx ha quedado intacta en sus líneas básicas. Así, por ejemplo, el factor económico todavía queda como fundamental para la existencia y el desenvolvimiento de cualquier estado cultural, aun cuando hoy se reconoce que siempre obra de consuno con otros factores de orden espiritual o psicológico, también fundamentales.

En tiempos pasados, se estudiaba la Economía como el aseguramiento de la alimentación humana, con los procesos necesarios para la provisión de los alimentos (derivados de la recolección, la caza, la ganadería y la agricultura), con las operaciones que ésta requiere, la obtención de los utensilios necesarios, la preparación de los comestibles, y la distribución de las materias alimenticias. Es decir, se consideraba la Economía sólo en su sentido estrictamente material. Hoy tiene un sentido más amplio, cuya definición la da Krause en la siguiente forma: «La Economía etnográfica tiene por objeto el estudio de la vida económica de los pueblos, respecto de las formas especiales que reviste en las diversas etapas de la cultura; además se ocupa de la estructura interna—lo cual nos procura una imagen de la esencia de la vida económica—, y, por último, basándose en los resultados de estas dos investigaciones, trata de averiguar las causas que sirven de fundamento a la vida económica en cada una de las etapas de la cultura, causas que explican la estructura íntima y el cuño nacional de la misma.» (1).

Como se puede notar, a primera vista, esta definición no se aparta mucho de los principios que predicaban Marx y Engels. Es solamente cuando se estudian las causas que obran en la for-

(1). Krause, Fritz. Vida económica de los pueblos. 1932.

mación de la vida económica, que se observa la mayor amplitud que se da a la investigación y la intromisión de nuevos factores que antes no se tomaban debidamente en cuenta.

No está demás indicar, en resumen, las premisas apriorísticas de la escuela evolucionista, respecto de la evolución de las condiciones sociales de la humanidad primitiva, planteadas por Bachofen, ampliadas por Morgan y aceptadas sin mayor análisis por Bebel (1), Marx y Engels (2).

Según esta doctrina, el hombre se deriva de los animales, gracias a un proceso de evolución, por el cual la actividad psíquica de aquellos dieron origen a la actividad psíquica humana. De ahí resulta que el hombre primitivo era un ser rudo, tosco, sin ningún sentimiento noble, los que solamente con el tiempo ha ido adquiriendo, sin conocimiento del bien o el mal y que solamente poseía instintos vulgares y bajos.

Este hombre primitivo, ser más animal que humano, que bastante tarde adquirió el uso de la palabra, y sólo aprendió el uso de los instrumentos más rudimentarios, después de un crecimiento lento, pero notable de su inteligencia. Su cráneo y todo su aspecto físico tuvo gran semejanza con los de los simios. Vivía en pequeños grupos que salían de sus albergues sólo para coger sus comidas y frutas. Se unía a sus semejantes únicamente por necesidad y cuando esto sucedía, formaba hordas similares a cualquier grupo de animales gregarios, hordas fáciles de constituir e igualmente fáciles de disolver.

Es de notar que este ser embrutecido no tenía más que una preocupación, la de satisfacer el instinto de la conservación del individuo y de la especie, por la búsqueda de sus alimentos y de encontrar mujeres, luchando con sus similares para la obtención de ambos.

La lucha por la vida probaba la sobrevivencia del más fuerte y del más apto, y este factor de selección indujo, poco a poco, la evolución desde aquel estado primitivo hacia otros más desarrollados.

La falta de sentimientos altruistas impedía que entre los sexos existiera el amor. La vida sexual de la horda estribaba en la promiscuidad. Sólo con aquel estado de sociedad llamado del matriarcado, en el cual la madre era el centro y jefe del grupo consanguíneo, aparece la primera noción de la familia. El es-

(1) Bebel, Augusto. *Die Frau und der Socialismus*. (La mujer y el Socialismo). 1833,

(2). Engels Federico F. *Der Ursprung der Familie, und des Staates, des Privatertentums*. (El origen de la Familia, del Estado y de la Propiedad). 1884.

tado matriarcal era conceptuado universal, en cuanto se suponía que formaba la primera fase de toda sociedad constituida. Más tarde se desarrolló el patriarcado, en el cual el padre reemplazaba a la madre como centro y jefe de la familia y la mujer retrocedió a una posición secundaria y esclavizada. En estos diferentes estados regían diversas formas de poligamia y polian-dria y solamente en épocas relativamente recientes, apareció la familia monógama, con sus costumbres de endogamia (prohibición de tomar mujer fuera del grupo) y exogamia (prohibición de tener relaciones sexuales con miembros del mismo grupo). Y, al fin, con el reconocimiento de la consanguinidad bilateral moderno, y el establecimiento de la familia sobre esta base, llegamos a los tiempos actuales, en que existe una fuerte tendencia hacia la igualdad de los sexos y la libertad de las relaciones sexuales o sea el amor libre, como también el divorcio voluntario en casos de matrimonio y la liberación de la esclavitud impuesta a la mujer por las religiones teocráticas y remachada por el Cristianismo.

Tal es el hombre primitivo y el desarrollo de la sociedad presentado por la escuela evolucionista, teoría especulativa, rechazada completamente por la ciencia moderna. Engels, al igual de la mayor parte de los autores de la última mitad del siglo pasado, se demuestra satisfecho con estas hipótesis y funda su libro *El Origen de la Familia*, sobre los escritos de Bachofen y Morgan, de quien eran gran admirador. Marx debía haber tenido igual admiración, porque Engels, en el prólogo de la primera edición del libro que citamos, escribe: «Las siguientes páginas vienen a ser la ejecución de un testamento. Karl Marx se había reservado para sí mismo la misión de exponer los resultados de los trabajos de Morgan, en cuanto se relacionan con las conclusiones de sus propias tareas históricas (hasta cierto punto, pudiera decir de nuestras tareas comunes) y hacer resaltar así todo su alcance. Morgan había descubierto de nuevo, a su modo, en América, la teoría materialista de la historia, que cuarenta años antes descubrió Marx; y en su paralelo entre la barbarie y la civilización, había ido a dar con los mismos resultados esenciales que Marx.»

En cuanto a la evolución de la familia, Engels sigue de cerca a Bachofen, Morgan y Bebel. Reconoce primero, una época la familia todavía no aparece y en la que existía una promiscuidad completa entre los sexos, o como lo expresa nuestro autor, «un comercio sexual sin trabas y según otros escritores, el «hetairismo».

De este estado primitivo, salió verosimilmente *la familia con-*

sanguínea. «En esta forma de la familia, los ascendientes y los descendientes, los padres y los hijos, son los únicos excluidos entre sí de los derechos y los deberes del matrimonio. Hermanos y hermanas, primos y primas, en primero, segundo y restantes grados más lejanos, son todos entre ellos y *por eso mismo*, maridos y mujeres unos de otros».

La familia *punalúa*, en la cual se prohibía la unión sexual entre hermanos y hermanas y primos y primas. Según esta forma de familia cierto número de hermanas carnales o primas eran mujeres comunes de sus maridos comunes, de los cuales quedaban excluidos los hermanos de ellas; esos hombres por su parte tampoco se llamaban entre sí hermanos, sino *punalúa*, es decir, compañero íntimo, como quien dice *consocio*. De igual modo, una serie de hermanos uterinos o más lejanos, tenían en matrimonio común, cierto número de mujeres, con exclusión de las hermanas de ellos, y esas mujeres se llamaban entre sí *punalúa*. Esta forma de constituir la familia ha sido llamado *matrimonio por grupos*. En todas partes donde existía esta forma de familia, la descendencia se contaba por filiación materna. Agrega Engels: En la inmensa mayoría de los casos, la institución de la *gens* ha salido directamente de la familia *punalúa*. . . . Pero, si encontramos que la *gens* nace necesariamente y naturalmente de la familia *punalúa*, nos vemos muy cerca de admitir como casi cierta la existencia anterior de esta forma de familia en todos los pueblos donde se puede demostrar la institución de la *gens*, es decir, en casi todos los pueblos bárbaros y civilizados.

La tercera forma de la familia que propone Morgan y que acepta Engels, es la *familia sindiásmica*, por la cual el hombre vive con una mujer o con varias (poligamia), reserva como derecho la infidelidad en tanto que exige a la mujer casada la más estricta fidelidad y un adulterio se castiga cruelmente. En esta forma de matrimonio empiezan el rapto y la compra de la mujer.

De la *familia sindiásmica* o matriarcal, se pasó lentamente a la patriarcal y la filiación agnática o paterna, que fué una transición que terminó en el establecimiento de la familia monogámica, que actualmente persiste en la mayor parte de los países civilizados.

Estas teorías de Bachofen y Morgan eran más fácilmente aceptadas por Marx y Engels, por cuanto formaban un apoyo para sus doctrinas socialistas. Parecían comprobar un estado de comunismo social y aun sexual, en el seno de las colectividades primitivas. En efecto, Engels, en el libro que citamos, em-

plea frases como ésta: «En hogar doméstico comunista primitivo que domina exclusivamente hasta muy entrado el estado medio de la barbarie, prescribía una extensión máxima de la comunidad familiar». Más adelante habla repetidas veces del supuesto hogar comunista, dando por sentada la existencia de semejante institución.

Sin embargo, la ciencia etnográfica de hoy rechaza todas estas hipótesis de Bachofen y de Morgan, según las cuales todos los pueblos y razas han pasado, primero, por la promiscuidad primitiva, luego por un estado de matrimonio por grupos, para llegar después, al matriarcado universal, que dió lugar más tarde al patriarcado y termina en la familia bilateral monógama.

A principios de este siglo, y después de concienzudas investigaciones verificadas sobre los pueblos cazadores más primitivos, los que viven en ínfimo estado de civilización, se pudo comprobar con certeza absoluta, que en ninguno de ellos existía un estado de promiscuidad y que en muchos de ellos tampoco existía el matriarcado. Investigaciones posteriores de modernos sociólogos y etnógrafos han demostrado que el fenómeno del matriarcado aparece con mayor fuerza en un determinado momento de la civilización, precisamente al comienzo de un período de estabilización sedentaria, cuyos representantes son los primeros agricultores.

En cuanto a lo que se ha llamado «matrimonio por grupos», o sea la *familia consanguínea* de Bachofen y Morgan, tampoco se ha podido comprobar que haya existido semejante institución, cuya concepción sólo se debe a una serie de datos, exactos en el fondo, pero mal comprendidos y peor interpretados. Con las investigaciones modernas sobre las funciones sociales del totemismo, de la endogamia, de la exogamia y de las ideas de los primitivos acerca del incesto, se ha venido y comprender el alcance de los datos recogidos en épocas pasadas y que sirvieron a la antigua escuela evolucionista para formar sus peregrinas hipótesis.

Y es curioso notar que, al aceptar estas teorías y utilizarlas sin mayor análisis de los fundamentos, en la confección de su libro, Engels, se aparta de los métodos dialécticos del materialismo histórico, que él ayudó a formar.

En el desarrollo del segundo capítulo de su libro, el que ocupa más de la cuarta parte de la obra, Engels se basa en las conclusiones de Morgan (las que hemos expuesto más atrás), y las deducciones y argumentos que emplea para su manera de comprender la constitución de la familia a través del tiempo, se fundan en dichas hipótesis. Por tanto, al probar lo erróneo de

estos fundamentos, toda la argumentación derivada de ellos queda igualmente sin valor científico.

Igualmente falaces son los demás capítulos del libro. La incompreensión de la verdadera naturaleza de la *gens* (clan), y del papel que desempeñaba en la vida social de los pueblos poco cultos, ha hecho que su concepto sobre la formación del Estado y del origen de la propiedad, sea también lleno de errores.

Afortunadamente, el materialismo histórico, en el fondo, poco ha sufrido por estas desviaciones. Su base y sus métodos quedan intactos. Sólo es de lamentar que uno de sus fundadores y uno que filosóficamente lo defendió tan bien, se haya avanzado en un terreno que no conoció y sin la preparación necesaria, para formular teorías peregrinas que, no obstante, han sido aceptadas durante cincuenta años, por la generalidad de los marxistas, como una de las bases inamovible de su doctrina.

Pero, el materialismo histórico es un sistema de estudio y de investigación, y como tal, no se presta al sostenimiento de ninguna ideología especial, ni para punto de apoyo para ningún prejuicio o inferencia hecha *a priori*. No olvidemos la cita que más atrás hemos sacado de otra obra de Engels, en que dice con mucha razón que la dialéctica se reduce a las leyes generales del movimiento, tanto del mundo exterior como del pensamiento humano. Según estas leyes, nada puede quedar estancado, todo se mueve, todo avanza, todo se evoluciona. Así también ha pasado con las ideas acerca del origen y desarrollo de la sociedad humana. No se puede dogmatizar, porque, en el mundo de las ideas, lo que aparece hoy ser una verdad irrefutable, dado el estado de nuestros conocimientos, mañana parece absurdo, ante el adelanto de estos mismos conocimientos. Por lo mismo, el materialismo no puede admitir ningún dogmatismo, ni ningún absolutismo en apoyo de doctrinas, por plausibles que parezcan.

Es indudable que, al negar la exactitud de las deducciones de Engels, respecto del origen de la familia, del Estado y de la propiedad, no hemos salido, hasta el momento, del terreno de las generalidades. Aunque esto se ha hecho en numerosas ocasiones, ha sido desde otros ángulos. Tócanos a nosotros, ahora, formular en detalle, aunque sea sintéticamente, los motivos que nos asisten para rechazar sus conclusiones.

Por razones que acabamos de exponer, está lejos de nuestra intención, dogmatizar o presentar hipótesis definitivas. Al igual de lo que ha pasado con las deducciones de Bachofen, Morgan, Marx, Bebel, Engels y tantos otros, cualquiera interpretación que se puede deducir de nuestros conocimientos actuales, está

sujeta a las mismas leyes evolutivas que la de ellos y es muy probable que en algunos años más, las interpretaciones que hoy se dan a los fenómenos de las ciencias naturales y en especial a la manera como se ha desenvuelto la sociedad humana, se modificarán sustancialmente con los datos proporcionados por nuevas investigaciones.

Al comenzar, debemos decir unas breves palabras acerca del concepto moderno de la evolución, en lo que se refiere al origen del hombre. Cuando Darwin formuló su teoría sobre el origen de las especies y por muchos años después, se estimaba que la evolución como proceso, obraba en línea recta perpendicular. Así fué como se imaginaba que el hombre debía haber descendido en línea recta de alguno de los primates, preferentemente de uno de los grande antropoides, existentes o extinguidos. Por consiguiente, la preocupación de los evolucionistas era en buscar el eslabón perdido (missing link) entre el hombre y cualquiera de los grandes simios. . . .

En los sesenta años que han pasado desde que Darwin enunció su teoría ha evolucionado grandemente el concepto mismo de la evolución. No se la mira actualmente, como un proceso rectilíneo, sino como un proceso sujeto a muchas ramificaciones en todas las fases de su desarrollo. No precisa que el hombre haya descendido de ninguno de los simios hoy existentes, ni siquiera que haya pasado por el estado de simio. La rama que dió nacimiento al ser que llamamos hombre, puede haberse desprendido del tronco común de la vida, antes, conjuntamente o después de cualquiera de las ramas que produjeron, en último término, los lemures, los monos o los antropoides. De esta manera, en cualquier momento del proceso de la evolución, encontraremos seres diferenciados, que siguen cada uno su camino y su destino, aunque en algún tiempo (antes de desprenderse del tronco) han procedido de una fuente común. Por lo mismo, encontramos al lado del hombre, un número de primates que han seguido un desarrollo paralelamente con aquel, sin que haya ninguna necesidad de haberse derivado unos de otros. Pero llega un momento en que las características de cada tipo sea fijan lo suficientemente para poderlo considerar como especie. Así ha pasado también con la especie humana.

No nos interesa tratar de investigar cada etapa de este desarrollo de todos los procesos que deben haberse combinado para dar al hombre su posición erecta de bípedo, su facultad de pensar y de expresarse por medio del lenguaje fonético. Basta saber que llegó un momento en que quedó en posesión de todas estas facultades, las que le distinguen de los demás

seres de la tierra. Sólo desde este momento, podemos considerarlo como hombre.

Las ciencias naturales nos enseñan que una especie dada tiene un punto de origen, adonde aparece por primera vez en la historia del universo. En cuanto al hombre, no hay seguridad respecto de este punto, aunque el consenso de la opinión científica de hoy está en favor de la Asia meridional, desde donde se habría difundido lentamente a través de toda la tierra. Debido a múltiples factores, los principales de los cuales habrán sido probablemente, los del ambiente o medio y las diversas condiciones geográficas, climatológicas, etc., la especie ha ido diferenciándose, hasta formar las distintas variedades humanas que llamamos razas, sin que hayan logrado modificar esencialmente la especie misma.

El momento de su aparición, tampoco se puede determinar con precisión, aunque debe haber sido en las postrimerías de la época terciaria, porque a comienzos de la cuartaria, aparecen sus vestigios en diversas partes del mundo. Solamente desde ese momento se puede hablar de la prehistoria y vislumbrar los primeros principios de la condición social de la humanidad. Nada se puede asegurar del número de años, siglos o milenios que hayan pasado desde ese momento, porque la geología aun no ha dicho su última palabra respecto de la duración de las épocas geológicas, y los conceptos más corrientes sobre la existencia del hombre en la tierra fluctúan entre cuarenta y quinientos milenios.

Por los estudios arqueológicos efectuados, sabemos que el hombre más antiguo que haya dejado vestigios de sus restos osteológicos, fué el que se ha llamado tipo de Neanderthal, por haberse encontrado en dicho lugar sus primeros indicios, que después se hallaron en diversas partes del mundo, pero se han encontrado restos industriales, igualmente repartidos, pertenecientes a épocas infinitamente más remotas, como la chelense, en los albores del paleolítico, pero sin que sepamos, hasta ahora, el tipo físico del hombre que los dejó. También es legítimo, como ejercicio especulativo, pensar que habría, en la vida de la humanidad, un tiempo en que el hombre no hubiera inventado aún ningún instrumento o utensilio, pero es anti-científico fundar en tales conceptos, ninguna esquema cultural o social, por cuanto sus bases serían en todo caso hipotéticas e inseguras. Dechelette (1) supone que los hombres de la época chelense fuesen cazadores, pero J. de Morgan (2) estima

(1). Dechelette, J. Manuel d'Archeologie préhistorique. 1910-1912.

(2). Morgan, J. de L'Humanité. préhistorique. 1921.

que ningún hecho autoriza tal opinión, pues, solamente en las capas arqueológicas llamadas mousterienses (a las que pertenecía el hombre de Neanderthal), la gran abundancia de huesos de animales, disipa toda duda respecto de la actividad económica de los troglodistas y confirma que eran cazadores y pescadores.

Es más probable que los primeros hombres eran simples recolectores, que vivían de los productos vegetales naturales, los pequeños animales, ratones, moluscos, orugas, y aun insectos que encontraban a su paso, en la misma forma como hacen ciertas tribus australianas hasta hoy. Es casi seguro que no tenían ni instrumentos, ni útiles ni armas, pero su modo de vivir es más o menos hipotético y no puede fundarse en ella ninguna deducción que no sea *a priori*.

Al hablar de los pueblos paleolíticos que han dejado restos de orden económico o industrial, se puede avanzar un poco más en el terreno material, pero nada sabemos de la forma de su sociabilidad, ni hay medio de determinarla. Muy poco más podemos avanzar respecto de la vida social de los pueblos neolíticos, aunque sabemos que sus horizontes materiales y psíquicos se habían ensanchado muy considerablemente. Por sus armas, por sus restos de cocina, por su arte rupestre, podemos suponer que eran cazadores y pescadores, que vivían, en parte al menos en cavernas y grutas, en las cuales encontramos la mayor parte de sus restos y que, por la naturaleza de sus principales ocupaciones, debían haber sido nómades o seminómades. Ir más allá es entrar en el terreno de la conjetura, lo que nos puede llevar a errores tan profundos como los que combatimos en las deducciones de la escuela evolucionista. Es preferible circunscribirse a los hechos reales que permiten comprobarse de una manera concreta.

Entre los pueblos existentes, como hemos dicho antes, no hay ninguno que se dedique exclusivamente a la recolección. La caza es para muchos pueblos un complemento o si se quiere, uno de tantos medios para procurarse la vida. Para otros, en cambio, es toda su existencia, su único cuidado, su única ocupación. Las tribus exclusivamente cazadoras son raras; se puede decir que las únicas que actualmente quedan son los que presentan las características de los pueblos pigmeos, los australianos, los fueguinos y algunas tribus de Brasil, y aun ellos aumentan su alimentación con los productos vegetales que encuentran en su camino.

La etnología moderna considera a estos pueblos, de cultura tan atrasada, como los verdaderos herederos de las antiquísimas

culturas paleolíticas. Graebner (1), hablando de los tasmanios, desaparecidos hace pocos años, dice: «Probablemente los tasmanios y su cultura representan ya una especie de evolución separada, aunque relativamente poco apartada del fundamento común de la humanidad». Más adelante continúa: «El grupo cultural que en la serie de estratificaciones culturales, allende el mundo civilizado, puede considerarse como el más antiguo, después de los tasmanios, está compuesto por la llamada *cultura antigua australiana* y por la *cultura nigricia* de Africa, que tiene la misma edad que la australiana y que le es afín en una porción de particularidades. La rama más pura, relativamente más exenta de influencias recientes es la cultura de los bosquimanos, en el desierto surafricano de Kalahari. Afines a los bosquimanos, son, a su vez, las distintas tribus de los pigmeos del Africa interior».

W. Schmidt (2), refiriéndose a los comienzos de la humanidad, escribe: «El conjunto de las tribus pigmeas, negrillos del centro de África, andamaneses, semanh de Malaca, negritos de las Filipinas y en cierta medida, los bosquimanos, es decir las razas de pequeña talla que, según las últimas investigaciones, pertenecen etnológica y, al parecer, antropológicamente también, a los pueblos más antiguos que logramos conocer. Es en estos pueblos que se cree reconocer las señales distintivas de la infancia de la humanidad». En otra parte dice: «A los pigmeos se acercan, en muchos puntos, las tribus del sureste australiano y los tasmanios que aparecen como la capa más antigua de ese grupo de pueblos australianos en sí mismos muy antiguos». (3)

Krause concede mayor antigüedad a otro pueblo de pigmeos, los semang y los senoi de la península de Malaca. Dice: «Los semang y los senoi, miembros de las dos razas primitivas, de escasa estatura del Asia meridional y de la Indonesia, constituyen la población originaria de la península. Su cultura, esencialmente homogénea a pesar de la diversidad idiomática, puede ser señalada como la más simple de todas las culturas de la Tierra; es muy verosímil que nunca haya alcanzado un nivel más alto, de manera que puede decirse con cierta seguridad que ambos grupos étnicos son pueblos primitivos de carácter primario». (4).

La mayoría de los etnólogos modernos está de acuerdo

(1) Graebner, F. El mundo del hombre primitivo. 1925.

(2) Schmidt, W. Die Stellung der Pygmäenvölker in der Entwicklungsgeschichte.

(3) Schmidt, W. L'origine de l'idée de Dieu. 1910.

(4) Krause Fritz. Vida económica de los pueblos. 1932.

en estas opiniones y cree que dicho grupo de pueblos representa los más antiguos habitantes de la tierra. No es que creen que estas tribus de pigmeos y de australianos perpetúan exactamente y sin ningún cambio, el estado de los primeros hombres. Sin duda, han sufrido ya una evolución, que algunos consideran constituye una regresión, una decadencia y que otros creen que dicha evolución ha sido simplemente psíquica y ha dejado casi intacta su antigua condición material y social. Pero, entre todos los pueblos de la tierra, son ellos que se aproximan más, en muchos puntos y relativamente, a los primeros hombres.

Es claro entonces, que si queremos que el estudio de los pueblos actuales nos dé luces sobre el estado de vida de los primeros hombres, es de estas tribus primitivas donde debemos partir.

Estos pueblos viven en el contacto más estrecho con la naturaleza. En su aspecto económico son—sobre todo los australianos y las tribus de Málaca—recolectores (la mujer) y cazadores (el hombre). Toman los alimentos en estado silvestre, donde los encuentran. De aquí que viven nómades, dentro del propio territorio que usufructúan las comunidades, pues no carecen de orden, sino que forman comunidades que defienden solidariamente los límites geográficos, bien definidos, y conservan la paz interior por sencillos medios, es decir que se constituyen pequeños Estados. Dentro de estos Estados encuentranse las familias, verdaderas pequeñas familias, en el sentido que nosotros las entendemos, con matrimonio definido, casi siempre monógamas, que se juntan por necesidad, sobre todo, por necesidades económicas, para empresas comunes, más o menos importantes.» (1).

Los pigmeos tienen usos, costumbres, creencias y prácticas de los más simples que se puede imaginar, que asombran por su carácter infantil e ingenuo. Su cultura material es de lo más primitiva y sus instrumentos y ajuar de los más sencillos, pero este grado bajo de cultura no se debe a la imposibilidad de llegar a un estado de cultura más elevado, por cuanto es un pueblo bien inteligente, como dejan constancia todos los viajeros que lo han visitado, sino a una falta de voluntad. Están contentos con lo que tienen y con lo que la naturaleza les ofrece y viven contentos en su modestísima y primitiva condición. No cultivan la tierra ni tienen ganado ni animales domésticos de ninguna especie, como hacen sus vecinos, las tribus bantús. No construyen casas y apenas si, refugios de ramas y hojas, cuando no

(1) Graebner, F. Ob. cit.

hallan a mano cavernas o grutas en que guarecerse. Se mantienen de la caza y de la recolección de las plantas que crecen espontáneamente en la selva. Sus instrumentos y armas son muy pocos en número y de los más sencillos. Faltan entre ellos las armas ofensivas y defensivas a excepción del arco y flechas que emplean para la caza y unas pesadas lanzas de madera de punta endurecida por el fuego que usan para cazar los elefantes. Se puede decir con certeza que no conocen la lanza como arma ofensiva ni el escudo como defensa, ni la maza o macana. Sus arcos son de los más arcaicos y constan simplemente de una rama flexible de algún árbol, con cuerda de las tripas trenzadas o torcidas de algún animal. Sus flechas son igualmente sencillas y llevan puntas de madera, de hueso o de concha. No conocen las puntas de piedra ni de metal. Algunos pueblos de pigmeos no conocen el fuego y otros lo procuran frotando dos trozos de madera.

En cuanto a lo que se refiere al arte, los pigmeos de Africa Central ocupan el lugar más bajo en la escala cultural. No usan ningún instrumento musical, no conocen ni el tambor de señales, tan repartido entre las demás tribus de las selvas, no conocen ningún arte plástico como sus hermanos los bosquimanos y los australianos y no tienen ninguna noción del relieve o del dibujo. Su enumeración no pasa del sistema quinario en los pueblos que más han progresado y entre otros no pasa de las primeras dos cifras.

Sus habitaciones, cuando las construyen, son circulares o semicirculares, abrigan una sola familia y son de lo más primitivas. Por lo general, habitan en grutas, cavernas o abrigos en las rocas y usan los grandes peñascos como defensa contra los vientos. Sus campamentos se mudan sin cesar, siguiendo las exigencias de la caza. Su caza favorita es el elefante y por eso, organizan bandas, bajo la dirección, pero no el mando, de algún cazador viejo y experimentado.

Viven rodeados de tribus de agricultores, con quienes mantienen relaciones de paz y amistad, canjeando con ellos los productos de la caza por mandioca, plátanos y maíz. Estas tribus hablan de ellos con desden, llamándoles «bestias del monte», aunque viven en armonía con ellos, reconociéndolos como honrados e inofensivos. Lo curioso es que los pigmeos no hacen su intercambio con cualquiera tribu indistintamente, sino con un grupo determinado de estos pueblos sedentarios con el cual han hecho un pacto, y recorren largas distancias para no faltar a sus compromisos. Es muy singular este entendimiento mutuo

entre cazadores y agricultores, en que cada grupo conserva su propia profesión, sin que tengan jamás uniones entre sí.

Los pigmeos son muy aficionados a la miel silvestre y trepan con la mayor agilidad hasta las cimas de los árboles en busca de ella. No se dedican a la pesca y sólo ocasionalmente van las mujeres a algún charco y con la ayuda de cestos muy primitivos, cogen algunos camarones o pequeños peces.

Estos caracteres, que distinguen los pigmeos de Africa Central, se hallan repetidos en otras poblaciones análogas y se puede decir que todas las gentes de pequeña talla de que hemos hecho mención y algunas otras, como los australianos, los fueguinos y algunas tribus de Brasil. Volvemos a encontrarlos entre los bosquimanos de Africa del Sur, cuya vida, también se concentra al rededor de la caza. Sus armas son el arco y las flechas. La cuerda de sus arcos, hecha de tripas torcidas o de tendones de animales, les sirve de instrumento musical para imitar los sonidos producidos por los animales, pues todos sus pensamientos giran al rededor de la caza, de la cual se alimentan, y sólo cuando ésta no les rinde resultados, recurren simplemente a la recolección de raíces, ratones, insectos orugas, huevos de termitas o cualquier otro objeto comestible que pueden encontrar. No tienen cabañas, y construyen simples abrigos de ramas y hojas, las que abandonan pronto, según las exigencias de la caza y su vida nómada. No se encuentran entre ellos ninguna organización estable ni política ni social. Vagan en pequeñas bandas, sin jefes ni guerreros. No siembran ni tienen ganados, ni ningún animal doméstico.

El mobiliario de sus habitaciones permanentes o sean las cuevas, no puede ser más escaso, algún huevo de avestruz para el agua, palos para escarbar la tierra, arcos y flechas. A veces los huevos de avestruz llevan adornos de puntos y rayas, cuyo significado permanece, por ahora, ignorado. La indumentaria de los bosquimanos es muy escasa, como puede suponerse. Los hombres llevan una piel pequeña sobre las espaldas, que con frecuencia abandonan durante la caza. Las mujeres llevan una piel mayor que les sirve también para llevar los pequeñuelos y un pequeño delantal. Hombres y mujeres usan también un cinturón que estriñen fuertemente en los períodos de escasez para disminuir las torturas del hambre. Como adornos llevan anillos de tirillas de piel, hierbas secas trenzadas o pelos de la cola del elefante. Las mujeres también llevan pendientes. El pelo suelen pintarlo con ocre rojo y los hombres acostumbran ponerse plumas en él y las mujeres flores, llevan también collares. En ocasión de fiestas embadurnan el cuerpo con grasa o

bien lo pintan con ocre de color blanco, rojo o amarillo. El tatuaje no es desconocido, pero debido probablemente a haberlo aprendido de las tribus vecinas.

Otro de los aspectos en que se muestra el paralelismo entre la cultura bosquimana y la del hombre europeo en el paleolítico superior, es en las pinturas rupestres.

Los bosquimanos han dejado en todos los territorios que han ocupado, pinturas sumamente notables, y, que a veces proceden de una respetable antigüedad. Estas aparecen en cavernas, en las paredes de cuevas o en abrigos de roca, siendo, con frecuencia, siluetas de animales en perfil, llenando de color el interior de la silueta. En conjunto las pinturas aparecen con una frescura tal que parecen recién pintadas, a pesar de que muchas de ellas cuentan con varios siglos de existencia y han tenido que soportar las inclemencias del tiempo. Los temas preferidos son escenas de caza y los animales con que están más frecuentemente en contacto los bosquimanos.

Esta gente primitiva posee un sentido de imitación sumamente desarrollado, el cual aparece de una manera notable en sus danzas. Hay varias clases de danzas y cada una tiene su canto apropiado, pero casi todas consisten en grandes contorsiones del cuerpo más que en pasos o movimientos rítmicos. Las más importantes consisten en imitación de los movimientos de los animales; otras son excesivamente lascivas.

Demuestran su alegría con juegos y pasatiempos. Estos juegos son la repetición de sus ocupaciones diarias y en su mayor parte consisten en imitaciones de cacerías en que los mismos bosquimanos se disfrazan de animales e imitan sus costumbres y movimientos con una sorprendente exactitud que revela la finura de su espíritu de observación.

La familia bosquimana, como la de los pigmeos es monógama, sin que deje de haber casos de poligamia. El casamiento se efectúa mediante un regalo a la novia. Antes el novio debía efectuar un simulacro de rapto de la novia, vestigio quizá de un tiempo cuando el rapto era real. Lo que se exige en todo caso es que el novio sea un buen cazador. En general, mientras dura el matrimonio no se admiten relaciones de los cónyuges con otras personas y con frecuencia, aunque la unión puede disolverse con facilidad, continúa inalterable durante toda la vida.

Varias familias se reúnen para formar una comunidad. Difícilmente puede darse a ésta el nombre de tribu, no es más que una horda compuesta de dos o trescientas personas a lo más. De otra manera sería imposible encontrar alimento en terrenos estériles y pobres como los que actualmente habitan. Cada co-

munidad u horda tienen derecho a una zona más o menos grande, en la cual caza o busca su alimento en los productos de la tierra. En cuanto a la vida política y social no hay jerarquías ni autoridades y cada individuo demuestra no sólo su intenso amor a la libertad, sino también su manera salvaje de vivir una vida puramente animal. Incluso los jóvenes desconocen la autoridad paterna en cuanto se creen con fuerzas para ganarse la vida.

Si los pueblos de poca talla de Africa se dedican preferentemente a la caza y secundariamente a la recolección de los productos naturales, sus hermanos de Asia y la Indonesia, a la inversa obtienen su principal sustento de la recolección y sólo subsidiariamente a la caza. La razón de esto reside en que habitan en regiones de la selva virgen. Esta selva, al contrario de la de Africa Central, posee una extraordinaria riqueza de elementos vegetales. Las plantas que pueden utilizarse para la alimentación son tan numerosas que, en relación a ellas, la caza solamente representa una alimentación complementaria o un recurso para ciertas épocas en que escasean los alimentos vegetales. Pero aun cuando hay esta variación en la base de su vida económica, las condiciones generales de su cultura y de su estado social son casi idénticas con las de los pigmeos africanos, de las cuales se difieren sólo en pequeños detalles que se deben principalmente a la diferencia de ambiente.

Al pasar en revista todos estos detalles de la vida material de los pueblos actuales estimados como los más primitivos de la tierra y los que se acercan más a los pueblos prehistóricos de muchos milenios atrás, vemos que presentan un cuadro muy distinto al que supusieron Bachofen, Morgan y otros escritores de su día y cuya opinión sirvió de fundamento a Engels en la preparación de su libro sobre el Origen de la Familia. No obstante dejan en pie los principales postulados del materialismo histórico. Dejan en claro que el factor principal en su vida lo constituyen las condiciones económicas, modificadas por la idiosincrasia de estos pueblos que no las cambian, no porque son incapaces de hacerlo, sino que no tienen la voluntad de hacerlo y prefieren continuar en la forma milenaria más de acuerdo con su temperamento.—R I C A R D O E. L A T C H A M .

(Continuará).